

# Recreación del Apostolado de la Oración



## Documento 2

# La historia del Apostolado de la Oración

**170 años: 1844 - 2014**

Roma, 11 de marzo de 2014

## I. Introducción

Durante el proceso mundial emprendido para la *recreación* del Apostolado de la Oración (AO), ha tenido mucha importancia la reflexión sobre sus orígenes históricos. Una vez que el enfoque fue proponer un AO recreado, insinuando algo radicalmente nuevo, y no solo una adaptación de contenidos antiguos, ha sido necesario revisar nuestra historia para retomar la novedad y el entusiasmo de sus inicios. Recrear el AO era un desafío a proponer algo nuevo, atentos a no perder nuestra identidad específica. Hemos procurado caminar en *fidelidad creativa* al carisma original sin renunciar a la propia historia.

Nos movía la convicción que la dinámica espiritual que nos fue dada en ese lejano 1844, año del nacimiento del AO, fue un don del Espíritu para toda la Iglesia que no queríamos perder. Seguimos creyendo que el mismo Espíritu nos ilumina nuevamente hoy a través del AO abriéndonos un camino útil y adecuado a las necesidades espirituales de nuestros contemporáneos.

Hemos querido también caminar en espíritu de discernimiento y libertad interior, condiciones necesarias para hallar la voluntad de Dios. Manteniendo distancia de ciertas formas y prácticas que tomó el AO a lo largo de su historia, podemos hoy recuperar el contenido de esa chispa inicial y proponerla de un modo nuevo.

Visitar nuestra historia es el camino para reconocer, llenos de gratitud, lo que es irrenunciable en el AO y el punto de partida para lo que hoy podemos replantear. En nuestro esfuerzo por hacer realidad la recreación del AO, hemos entresacado los ejes espirituales que nos han parecido centrales a nuestro carisma inicial y que siguen siendo válidos para el mundo de hoy. Nos parece que estos son *la disponibilidad apostólica, la colaboración en la misión de Jesús, vivir una relación personal y afectiva con Él simbolizada en su Corazón, el servicio a la Iglesia en una red mundial de oración y el servicio a la justicia*. Los encontrarán presentes en esta reinterpretación de la historia del AO.

## II. Breve apunte histórico

El AO nació en 1844 en una casa de formación de jóvenes jesuitas en Vals, en el sur de Francia. El P. Francisco Javier Gautrelet, sj, director espiritual de estos jóvenes, les propuso un modo de ser apóstoles y misioneros en sus vidas corrientes, uniendo a Cristo todo lo que

hacían durante el día. El contexto de la propuesta surge de una situación muy concreta: sacerdotes que realizaban su ministerio como misioneros en tierras lejanas, en particular en Madurai, en el sur de India, al volver de visita a la patria, pasaban por el seminario donde se habían formado. Con naturalidad y entusiasmo contaban a los jesuitas jóvenes de sus trabajos y aventuras, de tantas personas y situaciones necesitadas del Evangelio. Escuchar las narraciones del fervor y la acción misionera les entusiasmaba, pero también causó en los jóvenes estudiantes de Vals una tristeza y un desánimo, al constatar cuánto les falta para ordenarse sacerdotes y recibir misión: los estudios se les hacen interminables, los exámenes áridos, los recreos les resultan pérdida de tiempo, las oraciones rutina, los apostolados poca cosa. Buscaban consolación dedicando horas en la biblioteca a leer libros sobre India, con el consecuente descuido de sus estudios. El P. Gautrelet les hará entonces una propuesta que les permitirá encontrar nuevo sentido en medio de la frustración que experimentaban.

En la misa del 3 de diciembre de 1844 Gautrelet explica que San Francisco Xavier entregó su vida siguiendo a Jesucristo, y que celebrarlo hoy implicaba hacer lo mismo. Francisco Javier llegó hasta las costas de China y pasó muchas tribulaciones movido por su amor apasionado a Jesús. Hoy, en las propias circunstancias, toca realizar la misma misión cristiana pero aquí, en la casa de formación de Vals, y no en el lejano oriente. Era la misma elección, el mismo llamado de Jesús, el mismo amor apasionado, la misma misión, pero con tiempos y formas diferentes. Invitaba a todos – estudiantes y profesores, dirigidos suyos y no – a ser misioneros aquí y ahora mediante la simple ofrenda a Dios de todo lo que hacían, esforzándose en ser disponibles a Cristo para cumplir bien sus obligaciones de cada día. En el caso de los jóvenes, debían antes que nada cumplir bien su deber de estudiantes.

Al proponerles practicar lo que él llamó un “apostolado de la oración”, el P. Gautrelet les hizo entender que más importante que lo que hacían, era el amor y dedicación con el cual lo hacían. No era *hacer* mucho lo que contaba, sino *amar* mucho. Debían ofrecer a Dios con amor sus quehaceres de cada día, les dijo, y unirlos a Cristo que seguía ofreciendo su vida por la salvación de la humanidad. Les hizo entender que sus vidas eran tan válidas y tan útiles para la misión de la Iglesia que las vidas de los más sacrificados misioneros, si ellos las vivían con el mismo amor. Sus vidas serían tan apostólicas como el más fervoroso predicador si vivían cada pequeña cosa unidos de corazón al Señor. Lo que importaba era la actitud interior de querer renovar su amor por Jesús y de hacer nueva cada día su disponibilidad y entrega de vida. Era el amor del Corazón de Jesús el que los había elegido, les decía, debían responderle estando dispuestos a cumplir lo que Él les pedía ahora y a responder con generosidad a tanto bien recibido.

La práctica concreta que el Padre Gautrelet les sugirió para mantener vivo este espíritu era una oración de ofrecimiento del día, al inicio de la jornada. Declararían con ello su decisión y su disposición de que todo el día fuera para el Señor. Los invitaba a reenfocar cada día *la*

*disposición de su vida en la voluntad divina, después de quitar de sí todas las afecciones desordenadas, para la salud del ánima, según habían aprendido en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio (ver EE 1). Lo que se llamó el Apostolado de la Oración les mostraría un camino que les ayudaba a hacer realidad cada día el ideal de buscar y encontrar a Dios en todas las cosas, aún en las más sencillas y prosaicas, para en todo amar y servir (EE 233).*

En breve, el AO les proponía el exigente y apasionante camino de vivir en permanente disponibilidad apostólica por amor al Señor. Renovarían para cada nueva jornada el sí que habían dado al Señor en los Ejercicios Espirituales, pidiendo nuevamente la gracia de responder con toda generosidad al llamado del Rey Eternal.

Esto dio a los jóvenes jesuitas nuevo entusiasmo en los quehaceres cotidianos que antes les causaban desazón. Entendieron que con sus esfuerzos y gestos de cada día podían expresar su amor tierno y personal a Jesús y que a través de ellos estaban respondiendo a la misión a la que Él los llamaba. Se sintieron dispuestos a hacer por Él cualquier sacrificio. Querían de verdad ser buenos misioneros para su Señor, ahora y en el futuro.

El ejercicio cotidiano de la oración de ofrenda les permitió además entender la unidad de esta práctica con la ofrenda de Jesús al Padre que hacían presente cada mañana en la Eucaristía. Comprendieron que la ofrenda de sus corazones era en cierto modo una ofrenda eucarística, como toda la vida de Jesús había sido y misteriosamente seguía siendo eucarística. Jesús los había amado “hasta el extremo” dando la vida por ellos, y esto se volvía a hacer realidad para ellos en la Eucaristía. Querían que sus corazones se asemejaran al Corazón de Jesús, y era precisamente este el contenido de lo que pedían: tener corazones eucarísticos como el de Cristo, es decir, corazones (y vidas) ofrecidas a Dios y entregadas por los demás. Sus vidas se unían a esta realidad misteriosa y profunda, ayudados por la simple oración de ofrenda que hacían cada mañana.

Entendieron que vivir cada día este modo de ofrecer sus vidas a Dios era un verdadero apostolado. Habían soñado con ser misioneros y dar la vida por Jesús. Ahora les quedaba claro que no tenían que esperar hasta el final de su formación, su ordenación sacerdotal y ser enviados a tierras lejanas para comenzar a ser apóstoles y colaboradores de la misión de Cristo. La entrega radical por Jesús la podían hacer realidad desde ya en la fidelidad a las tareas sencillas de cada día, en particular sus estudios. Ese era precisamente su apostolado, el que les tocaba en ese momento como estudiantes en preparación al sacerdocio. Un apostolado silencioso, humilde, escondido, pero importante y efectivo, pues en Cristo se unían espiritualmente a toda la misión de la Iglesia y colaboraban con su sacrificio y entrega cotidianos a sostener los trabajos de esos misioneros repartidos por el mundo.

Los jóvenes jesuitas también establecieron la conexión entre la oración de ofrecimiento que hacían por la mañana y su oración de examen en la noche. Al final del día, la oración de

examen les permitía reconocer y agradecer lo que Dios había hecho en sus vidas con lo que le habían ofrecido en la mañana. Estos dos momentos de oración, en la mañana y en la noche, los hacían más disponibles a la acción de Dios en ellos durante todo el día y más atentos a dejarse guiar por él.

Estas prácticas y el naciente Apostolado de la Oración se difundieron entre los cristianos de la región cercana a Vals, comenzando por los campesinos que los jóvenes jesuitas visitaban los fines de semana. Ellos también serían invitados a colaborar en la misión de Cristo viviendo en fidelidad al evangelio y ofreciendo sus trabajos, sufrimientos y su oración por la Iglesia. También ellos podían ser apóstoles. En pocos años esta nueva propuesta de vida se había difundido en todo el país y más allá, llegando a tener millones de adherentes. Se formaron grupos del AO en las parroquias e instituciones católicas, se creó una estructura bien trabada de Directores a la cabeza de la nueva asociación en cada diócesis, los obispos se hacían cargo de asegurar su vitalidad. El AO pasó en muchos lugares a tener la forma visible y estructurada de un Movimiento eclesial. También se proponía el AO sin necesidad de pertenecer a estos grupos específicos, pues todos los cristianos eran invitados a vivir su espíritu y a seguir sus sencillas prácticas. Estos dos modos de vivir el AO estaban presentes desde sus inicios. Canónicamente se le consideró al poco andar una *pía asociación de fieles*.

La práctica del AO daba a sus seguidores un nuevo sentido al esfuerzo y a la rutina de cada día. La tediosa vida cotidiana podía ser ahora ofrecida a Dios como un modo de colaboración con Cristo en la misión de la Iglesia.

Dicho de otra manera, el AO les daba medios para vivir el propio bautismo en la simplicidad de la vida cotidiana y participar en el sacerdocio de toda la Iglesia, mucho antes que se hablase de la vocación bautismal o del sacerdocio común de los fieles.

En el período entre el año 1890 y 1896 el Papa se interesó por hacer suya esta inmensa red de católicos que ofrecían sus vidas y su dedicación para apoyar espiritualmente la misión de la Iglesia. La asumió como una obra propia del Papa y la confió a la Compañía de Jesús en la persona del Padre General. Además, desde esa fecha comenzó a encomendarle al AO una intención mensual de oración que expresaba una preocupación suya por la cual pedía oraciones a todos los católicos. A partir de 1928 se añadió una segunda intención de oración, de manera que el AO recibiría del Papa dos intenciones de oración para cada mes y se encargaría de difundirlas en todo el mundo católico. Se llamaron Intención *General* e Intención *Misionera*.

Orar con estas intenciones por temas mundiales de la sociedad y de la Iglesia, de modo especial por los llamados “países de misión”, ensanchaban el horizonte de todos esos creyentes a dimensiones universales. Junto con fortalecer su sentido de pertenencia a la

Iglesia, se sentían apóstoles elegidos por Jesús para colaborar con él, sintiendo que sus sencillas vidas se hacían útiles para sostener la misión de la Iglesia.

El enunciado de los temas propuestos por el Papa año tras año ha evolucionado hasta nuestros días, donde constatamos que una buena parte de las intenciones de oración manifiestan la preocupación de la Iglesia universal por la paz y la justicia en el mundo. Orar por ellas plantea mes a mes a los cristianos grandes desafíos y necesidades de la humanidad, por las cuales son invitados a comprometer sus vidas en oración y en servicio.

### III - La actualidad de las raíces históricas del Apostolado de la Oración

A la luz de lo dicho, retenemos de la intuición original del Apostolado de la Oración:

- El AO es, antes que todo, una ayuda para concretar, desarrollar y mantener una **actitud diaria de disponibilidad apostólica**, mediante el ofrecimiento de la propia vida.
- El AO es una propuesta que ayuda a **unir la vida cotidiana** a la misión que Dios tiene para cada uno, en docilidad a su Espíritu. Es reconocer que el corazón de cada cristiano es un terreno fértil de llamada y de compromiso **con la misión de Cristo Resucitado**.
- Las prácticas del AO **apuntan al cultivo de una relación personal y afectiva con Jesús** mediante la oración, donde reconocemos el don del Dios y expresamos el deseo de responderle con generosidad.
- Estas prácticas, con su carácter sencillo, son **accesibles a todos**, independientemente de su cultura, nivel socio-económico o experiencia religiosa, más o menos profunda o esclarecida.
- Así, el AO **configura la vida en una dinámica eucarística**, o sea, articula **Eucaristía, Iglesia y misión**, de un modo compacto e inseparable, como se dan unidos en el **Corazón de Jesús**. Nos enseña a hacer vida la Eucaristía, a servir en Iglesia, a entender la vida en clave de misión.
- El AO nace profundamente unido a la misión de la Iglesia y a la contemplación de los problemas del mundo, que al poco andar se concretizaron en la oración por las **intenciones de la Iglesia y del Papa**. Orar por estas intenciones no se reduce a una práctica privada e íntima, sino que nos pone en comunión con muchos otros a través del mundo y cuestiona nuestro propio estilo de vida, invitando a ajustarnos mejor al Evangelio y a trabajar por la justicia del Reino. Orar con el AO nos compromete a actuar conforme a lo que se está orando.

#### IV. Conclusión

En medio de las tensiones del mundo actual, complejo y descorazonado, la intuición del Padre Gautrelet puede ayudar a gestionar mejor las exigencias de la vida diaria dándoles un nuevo sentido, un sentido apostólico, junto a Jesús. Nos recuerda que los grandes momentos y los grandes resultados se preparan en la maduración lenta de la vida de cada día y nos permitirán vivir contentos llevando una mayor sobriedad de vida. Las silenciosas prácticas del AO tienen una gran fecundidad apostólica pues nos unen a Jesús, y en Él sólo ponemos la esperanza del mundo nuevo por el cual pedimos y trabajamos.

Para esto queremos recrear el AO, para que nos hagamos más disponibles a la misión de Cristo hoy día. Queremos hacer accesible a los hombres y mujeres de hoy, en un lenguaje renovado y significativo, un camino de **disponibilidad apostólica para colaborar con la misión del Resucitado, donde cada uno se descubre invitado a vivir con Él una relación íntima y personal, recibiendo el amor de su Corazón y respondiendo a su llamada**. El AO recreado espera seguir ayudando a cada cristiano, como lo ha hecho a lo largo de estos casi 170 años, a vivir la alegría profunda de ser apóstol de Jesucristo, comprometido con Él al servicio del mundo.

*Oficina internacional del Apostolado de la Oración*

*Roma, Italia – [apora@sjcuria.org](mailto:apora@sjcuria.org) [www.apmej.net](http://www.apmej.net)*